

Una conversacion edificante,

Y una conducta regular y pia,

Haz que domando todas mis pasiones,

Concurra con la gracia que me inspiras,

A obedecer tus leyes soberanas,

Y á merecer las celestiales dichas.

Hazme ver lo pequeño de la tierra,

Del cielo las grandezas infinitas,

La brevedad del tiempo que se pasa,

Y lo largo del siglo que no espira.

Haz tambien que á la muerte me prepare,

Que tiemble de tu juicio y de tus iras,

Que evite del infierno los horrores,

Y obtenga por Jesus la eterna vida,

POEMAS CRISTIANOS.

POEMA PRIMERO.

EL FIN DEL HOMBRE.

PARTE PRIMERA.

Yo para qué nací? Para salvarme.
 ¿Que tengo de morir es infalible!
 Dejar de ver á Dios y condenarme
 Triste cosa será, pero posible.
 ¿Posible! y ¿tengo tiempo de alegrarme?
 ¿Posible! ¿y tengo amor á lo visible?
 ¿O Dios! ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?
 Loco debo ser, pues no soy santo.
 Esto dijo un cristiano que sabia,
 Que el hombre no ha nacido para holgarse,
 Para vivir con pompa y alegría,
 Y que solo nació para salvarse,
 Para amar á su Dios, obedecerle,
 Y merecer al fin eterno verle.
 Este es pues el mayor de sus negocios:

Todos los otros pueden en sus ocios
 Divertirlo tal vez y entretenerlo;
 Pero este solo debe poseerlo,
 Y ocupar toda su alma de manera
 Que siempre obtenga su atención primera.

El rey, el negociante, el magistrado
 Deben con interés subordinado
 Hacer los suyos; mas con el intento
 De no perder de vista el pensamiento
 De que este es el mayor, el importante,
 Sobre todos los otros dominante;
 Pues aun los mismos reyes soberanos,
 Antes que reyes sean, son cristianos.

No cria Dios al hombre porque obtenga
 Bienes, grandezas ó placeres tenga;
 No quiere que en la tierra sea dichoso,
 Sino en la gloria eterna, si es virtuoso.
 Así pues la virtud únicamente
 Debe ser nuestro móvil verdadero,
 Y todo lo demás indiferente,
 Y á nuestros intereses extranjero.

Esto se ve de un modo luminoso;
 Pues cuando haya el mortal mas venturoso
 Cuantos deseos tuvo, conseguido,
 Si este se pierde, todo lo ha perdido;
 Y cuando todos se hayan malogrado,
 Si este se gana, todo está ganado.

Figúrate la humana criatura,
 Que en la suerte mas triste, la mas dura,

De penas y amarguras rodeada,
 Un consuelo no ve, no espera nada.

La fortuna con cólera la muere,
 Lo que mas la interesa, es lo que pierde;
 Ha perdido el honor, caudal y amigos,
 Ya no le queda en fin salud alguna,
 Y aun no está satisfecha la fortuna,
 Pues la suscita nuevos enemigos.

Mas si en medio de tantas tempestades,
 Prestando el hombro á las calamidades,
 Se mantiene constante á todo expuesta;
 Si en medio del desastre de piés puesta,
 Ofrece á Dios con ínclita paciencia
 De todos esos males la violencia,
 Sobre sus mismas ruinas edifica
 El edificio que la santifica.

El antiguo quedó todo arrasado,
 Pero otro superior ha levantado;
 Y léjos de perder, con mucho acierto
 Ha ganado su dicha: tanto es cierto,
 Que el hombre no ha nacido para holgarse,
 Y que solo nació para salvarse.

¿Y qué objeto mas alto, mas sublime
 Mas digno de que el hombre siempre estime
 Que la virtud? Criado para el cielo,
 Que ganar puede con su santo anhelo,
 ¿Qué le puede ocupar sobre la tierra?
 ¿Qué le puede servir cuanto ella encierra?
 Llama el mundo negocios de importancia,

Bienes acumular con abundancia,
 Hacer una fortuna distinguida,
 Elevarse á una clase esclarecida,
 O adquirir de los hombres el afecto;
 ¿Mas son tan importantes en efecto?

No consultes para esto las ideas
 De un mundo engañoso, y si deseas
 Examinarlo bien, es necesario
 Lo peses en el peso del santuario.
 Pregunta á los oráculos divinos,
 ¿Qué es la virtud? ¿y cuáles sus destinos?
 Y te responderán: La virtud viene
 De Dios, al mismo Dios por padre tiene,
 Y participa de su propia esencia.
 ¿Quiéres mayor nobleza y excelencia?

Cuando otra vez criaba este universo
 Tan hermoso, tan vasto y tan diverso:
 Cuando salir le hacia de la nada,
 Cuando extendió esta inmensa y dilatada
 Region etérea, donde vaga el viento,
 Cuando á la tierra dió su fundamento,
 Cuando al inquieto mar límites puso,
 Y que todo en el mundo al fin dispuso;
 La Escritura nos dice que jugaba,
 Como que nada esto le costaba.

Pero cuando hace santos, y dispone
 La luz con que alumbrarlos se propone,
 Y les da los auxilios y ocasiones
 Que preparan su vida y sus acciones,

Ya no es mas un autor que sin zozobra
 Se divierte, que juega con su obra;
 Es un Dios que medita, que padece,
 Que derrama su sangre, da su vida:
 Tanto á sus ojos la virtud merece.
 Fué menester para obra tan cumplida
 Toda su ciencia para imaginarla,
 Todo su brazo para ejecutarla,
 Y un amante espectáculo sangriento
 Para darle la fuerza y el cimiento.
 Así es la obra de Dios por excelencia,
 Y es el objeto de su complacencia.
 ¿Observásteis, el mismo Señor dice,
 A Job mi servidor? ¡O Job felice!
 ¿Pero gran Dios! cuando del alto cielo
 La vista derramabas sobre el suelo,
 En él podias ver grandes señores,
 Reyes, monarcas y conquistadores
 Que habitan en la tierra con ruido:
 ¿Y qué? solo este Job pobre, afligido,
 Que en ese muladar abandonado,
 Yace de horrible lepra devorado,
 ¿Te detiene los ojos complacido?
 ¿Lo demas á tu vista desaparece?
 Sí: la virtud, que mísera padece,
 Que en el mundo se mira contristada,
 Tal vez en el olvido sepultada,
 Y á los ojos del hombre despreciable,
 Es para Dios hermosa y agradable.

Para Dios, cuya vista luminosa
 Estima lo que vale cada cosa,
 Y dando á todas su debido aprecio,
 Conoce su valor, les da su precio.

Nada hay tan grande de la fe á la vista,
 Ni nada que el Señor en tanto estime
 Como la santidad, cuando es sublime,
 De cualquier modo ó trage que se vista:
 Lo que los hombres hallan asqueroso,
 El Señor y la fe lo hallan hermoso.
 ¿Que es lo que en fuerza de motivos tantos
 Se hace por lo comun para ser santos?
 Yo lo pregunto á tí, que estás leyendo;
 Examínate bien, ve respondiendo,
 Y explícate en estilo liso y llano:
 Escucha pues. ¿Quién eres?—Soy cristiano.
 Título superior no tiene el hombre.
 ¿Mas tienes las virtudes como el nombre?
 Dí mas. ¿De dónde vienes?—He pensado
 Que del seno de Dios, que me ha criado,
 ¿Y adónde vas?—Hacia un abismo oscuro.
 ¿Mas sigues el camino mas seguro?
 ¿Sabes bien que al mortal sobre la tierra
 Por algun tiempo el cielo le destierra;
 Mas, que su dulce patria está en el cielo?
 ¿Trabajas con ardor y con desvelo
 Para adquirir la celestial herencia,
 Y desprecias la humana pertenencia?
 ¿Procuras fiel con tu reglada vida

Servir al que con ella te convida?
 Si eres cristiano, ya te ha declarado,
 Que una gloria sin fin te ha preparado;
 Mas que es fuerza ganarla con paciencia,
 Y arrancarla tambien con violencia.
 ¿Qué es lo que has hecho pues para ser santo?
 ¿En dónde está tu penitente llanto?
 ¿Cuáles son las virtudes que practicas?
 ¿Con qué áspero rigor te santificas?
 ¿En dónde estan tus cruces y cilicios?
 ¿Y cuáles son en fin tus sacrificios?
 Yo en tí no alcanzo á ver mas que pasiones,
 Placeres gustos y disipaciones,
 Mucho ardor en muy frívolos deseos,
 Mucha tibieza en todos tus empleos:
 ¿Y piensas que esta vida pueda abrirte
 El camino del cielo, y conducirte?

PARTE SEGUNDA.

DIME, si no eres santo, y por entero,
 ¿Cuál podrá ser al fin tu paradero?
 ¿De qué te servirá, cuando la muerte
 Su fiero golpe contra tí descarga,
 Lo que ahora te ocupa, te divierte,
 Lo que con sumo ardor tanto te embarga?
 Cuando vemos un niño, que inocente
 En sus juegos se ocupa seriamente,
 Y pone en cosas leves mucho anhelo,

Es un niño decimos: ¡santo cielo!
 ¡Qué de niños se ven sobre la tierra!
 ¡Qué niños viejos su confin encierra!
 Porque en fin comparando los asuntos
 Y contemplando los terribles puntos
 Que la virtud y eternidad presentan,
 Esos objetos que á los niños tientan,
 Méenos fútiles son, son méenos vanos
 Que esas ocupaciones de cristianos,
 Que tan frívolas son, tan delirantes,
 Y que con todo llaman importantes.
 ¡Cuándo la fe nos abrirá los ojos!
 ¡Y no podemos ser ántes despojos
 De la muerte voraz, si se presenta!
 Porque, cristiano, al fin hazte esta cuenta:
 Yo supongo que adquieres grandes bienes,
 Todas las dichas y fortunas tienes,
 Has logrado vivir en los honores,
 Con gloria, con grandeza y esplendores;
 Mas cuando venga aquel momento extremo,
 En que te ha de juzgar el Juez supremo,
 ¡Serán estos los méritos que alegues!
 ¡Y piensas que por ellos feliz llegues
 A conseguir la gloria de escogido,
 Que Dios á la virtud ha prometido!
 ¡Ah! que entónces verás muy claramente
 La verdad inmutable y evidente
 Del Sabio, que con labio soberano
 Nos dijo, que en el mundo todo es vano;

Que todo es vanidad de vanidades,
 Engaño todo, todo falsedades;
 Vanidad de los bienes que perecen,
 Y de honores que un punto resplandecen;
 Vanidad de placeres que seducen;
 Vanidades del mundo, que producen
 En el otro castigos inmortales;
 Vanidad de una vida toda males;
 En fin engaño, error, delirio, encanto
 De todo lo que aleja de ser santo.
 ¡Alma mia! ¡no escuchas vergonzosa
 Esta secreta voz tan imperiosa,
 Con que la gracia te habla cada día?
 ¡Y no escuchas la voz de la conciencia,
 Que te está repitiendo con porfia,
 Que abandones tan mísera demencia?
 ¡Que presto de la muerte los horrores
 Te harán ver de tu engaño los errores!
 Tú serás como un hombre que dormido
 De repente despierta sorprendido,
 Y ve que la ilusion que le ha halagado,
 Es un vapor, un humo que ha pasado;
 Que era necio su afán, loco su empeño,
 Y que toda su vida ha sido un sueño.
 No lo quisiste creer cuando vivias;
 Mas la muerte en sus tristes agonías
 A tu pesar hará que lo confieses,
 Y que con ansia de decir no ceses,
 Que es locura, es error, es desatino

Perder, y sin remedio, su destino;
Pues el que no ha vivido santamente
Debe ser infeliz eternamente.

Un día se ha de dar esta sentencia:

¿Quién sabe, si del cielo la paciencia,
De tan graves delitos fatigada,
No la tiene en su cólera ya dada?
¿Si está sobre nosotros suspendida?
Y mientras que pasamos nuestra vida,
Sin pensar en huir de sus rigores,
O emplear penitentes sus favores,
¿Nos vendrá el fatal golpe apresurado?
¿O justo Dios! ¿cómo serás vengado!
Si nuestra flojedad y alevosías
Pudieron resistirte algunos días,
La inmensa eternidad en cuanto alcanza
Tomará del impío la venganza.

Cuando leemos la vida edificante
De los santos, quedamos inflamados,
Nos sentimos movidos y abrasados;
Mas rara vez con ánimo constante
Imitar sus ejemplos pretendemos,
Y al oír sus virtudes, respondemos:
Pero eran santos: sin duda que lo eran,
Y todos los demás serlo debieran.
Hombres son todos, y pues santos fueron,
Serlo como ellos, los demás pudieron:
Eran santos; y serlo no queremos.
Pues si no somos santos, ¿qué serémos?

¿Queremos, siempre ciegos y obstinados,
Seguir las sendas de los reprobados?

Decimos que en el mundo no es posible
Seguir una virtud tan inflexible:

Que su vida de afán no nos consiente
Imitar santidad tan eminente;

Como si Dios no nos hubiera dado
Virtudes propias para cada estado;

Y como si en el mundo, por lo mismo
Que es un caos fatal, un ciego abismo

De delitos, horrores y de encantos,
No fuera mas preciso hacerse santos.

Dices que la virtud es trabajosa,
Que su vereda es áspera y penosa;

¿Mas ay! tú sufres mas sensibles penas,
Y con ellas incauto te condenas.

¿Y qué! ¿pretendes tú, sin que te cueste,
Tener lugar en la mansion celeste?

¿En el reino de Dios hallar entrada,
Sin que te deba nunca costar nada?

¿Y qué puede costarte, cuando esperas
Por pocos males, dichas verdaderas?

¿Cuándo miras á un Dios crucificado,
A quien tu salvacion tanto ha costado?

¿Qué! ¿no quieres entrar con él á parte
Por aliviarle un poco, y por salvarte?

¿Anda infeliz! no solo eres ingrato,
Sino tambien te muestras insensato.

Pero lo mas extraño es que me digas,

Que si el hombre pensara atentamente
 En verdad tan segura como urgente,
 A pesar de las penas y fatigas,
 Seria menester determinarse,
 Y á la virtud con ansia dedicarse.
 ¿Pues por qué ¡Dios eterno! no pensamos?
 ¿En qué pensamos pues, si esto olvidamos?
 ¿Y cuándo vendrá el dia en que pensemos?
 ¿Algun objeto ó interes tenemos,
 Que sea mas urgente é importante?
 ¿Y por qué no pensamos al instante?

Es cierto que si nuestras atenciones
 Se fijaran en estas reflexiones,
 Si el espíritu humano se parara,
 Y estas grandes verdades meditara,
 Impresiones distintas sentiria,
 Otra luz á sus ojos brillaria,
 Su corazon contrito se moviera,
 Y al instante á su Dios se convirtiera;
 Pero nosotros mismos la alejamos,
 Y sepultados siempre nos quedamos
 En el infame ciénago profundo
 Del pecado infeliz, del necio mundo,
 Expuestos á ser víctimas fatales
 De las grandes venganzas celestiales.
 ¡O Dios! ¿adónde estoy? Yo me estremesco.
 ¿Cuánto yo mismo este baldon merezco!
 ¿Cómo no tiemblo atónito, azorado
 Del inminente riesgo que he pasado?

Aun es tiempo, Señor, de tu clemencia:
 Yo me acojo á la humilde penitencia:
 Yo invoco la virtud, que luminosa
 Me presenta una mano fervorosa:
 Yo la acepto con alma agradecida,
 Y la voy á seguir toda mi vida:
 Yo la consagro un corazon entero;
 Ayúdale, Señor, que habla sincero:
 Lo que manchó el pecado, lave el llanto,
 Y el que fué pecador, que sea santo.

POEMA II.

EL ALMA.

PARTE PRIMERA.

¿Quién me podrá decir lo que es el alma?
 ¿Cuál es su objeto y su naturaleza?
 Quisiera de esta duda hallar la calma,
 Y saber si ella acaba como empieza.
 Si lo pregunto á la razon humana,
 Tan poco perspicaz, aunque tan vana,
 Dirá que la cuestion es muy obscura.
 Siglos ha que solícita procura

Saber su origen, indagar su esencia;
 Mas nada alcanza con su pobre ciencia:
 A lo ménos incierta y vacilante
 Nunca puede decirme lo bastante.
 Lo pregunto á la fe: la fe es oscura;
 Pero responde con la voz segura,
 Que es imágen de Dios, que la ha criado
 Tomándose á sí mismo por dechado.
 Otras cosas me dice, y las comprendo:
 Me declara misterios, que yo entiendo
 Como en el hombre limitado cabe;
 Pero hay mil cosas que la fe no sabe.
 Ella no enseña muchos puntos varios,
 Cuando no son al hombre necesarios,
 Aunque su orgullo con su vista corta
 Trabaje por saber lo que no importa;
 Pero enseña las cosas esenciales,
 Conoce las verdades principales,
 Aquellas de que el hombre necesita,
 Y con las cuales su virtud se excita:
 Aquellas que le muestran su esperanza,
 Y los medios tambien con que se alcanza.
 Dejemos pues al frívolo orgulloso
 Que en las nubes se pierde, sin reposo
 Buscar del alma la naturaleza,
 Que será siempre oscura á su rudeza;
 Nosotros aprendamos á estimarla,
 Estudiemos los medios de arreglarla,
 Y sobre todo de salvarla el modo.

Ella es el hombre, y es el hombre todo.
 Cuando yo considero este universo
 Tan vasto, tan hermoso, tan diverso:
 Los entes que le habitan y componen,
 Y cómo, aunque distintos, se disponen
 Al fin en que parece que se entienden;
 Como con marcha firme y uniforme
 Cada cual por su parte va conforme
 Al órden general de que dependen:
 Cuando me considero rodeado
 De tanto objeto y tan multiplicado;
 Cuando veo que existen tantos entes,
 Grandes y chicos, todos diferentes;
 Y cuando fijo en fin mis atenciones
 En tantas y tan varias producciones,
 Yo me digo á mí mismo: Cuanto veo
 Todo tiene su fin, tiene su empleo,
 Y todo es grande, todo es excelente.
 A mis ojos es claro y evidente,
 Que por Dios esta máquina es formada.
 El órden no resulta de la nada;
 Estas obras me muestran el obrero,
 Como un reloj me indica al relojero;
 Y pues que todas llenan su destino,
 Se deja en todas ver su Autor divino.
 El sol parece de su luz ensayo,
 Y me presenta de su gloria un rayo:
 La tierra, que parece siempre estable,
 Me muestra su carácter inmutable;

Y el mar que es tan inmenso y tan profundo,
Me da una idea del Autor del mundo.

Obras son de un poder muy soberano,
Dignas de Dios, y de su augusta mano;
Mas no es posible que yo en ellas vea
Ninguna, que su propia imágen sea.

Pero entre tanto objeto y tan diverso,
Que á mis ojos presenta el universo,
Veo una criatura inteligente,
Y advierto en ella una alma ó una mente
Dotada de razon y sentimiento,
Y me digo saltando de contento:

Ve aquí la imágen viva que buscaba,
Esta imágen de Dios que me faltaba,
Y en mí mismo la veo, y me la siento.

¡Ah! yo descubro en ella bosquejadas,
Como en pequeño casi compendiadas,
Todas las soberanas perfecciones.

Al alma repartió sus propios dones,
Su hermosura, bondad é inteligencia.
Por eso Dios al darla la existencia,
Y dándola tambien su propio nombre,
Formemos, dijo, al hombre

A nuestra imágen, nuestra semejanza;
¡Qué dignacion! ¡qué elogio! ¡qué esperanza!

Así el alma inmortal no es solamente
Obra de Dios, como otra criatura,
Sino tambien su imágen viva y pura,
Espiritual como él, inteligente,

Un rayo de su gloria refulgente,
Y una vislumbre al fin de su hermosura.

Y no obstante este bien tan elevado
Es de las almas natural estado:
Comunes son tan ínclitos favores
A los virtuosos y á los pecadores.
Pero ¡cuál fuera ¡ó Dios! esta hermosura,
Si se pudiera ver una alma pura,
Que está en gracia de Dios, y revestida
De los bienes que da la eterna vida?
De lo mas alto hasta lo mas profundo
Hermosura tan grande no ve el mundo,
Y la luna, el sol y las estrellas
Se deben eclipsar á vista de ellas.

Desde que una alma con la gracia vive
Con su Dios se une, en sí su Dios recibe,
Y su hermosura Dios la comunica:
De sus propias riquezas la hace rica,
Con sus propias virtudes la hace santa,
Justa con su justicia; así lo canta
El Espiritu Santo, cuando explica
Que el alma, que con Dios á estar empieza,
Participa de su naturaleza.
¡Que dicha tan feliz esta alma alcanza!
Porque tiene de Dios la semejanza;
Que nunca olvide pues tanta grandeza,
Que no aventure estado tan sublime,
Y que su propia dignidad estime.

Mas para que haga de ella el justo aprecio,

Para que pueda conocer su precio,
Que sepa que de Dios ha sido amada,
Y á costa de su sangre rescatada.

¿Quién viendo cuanto el precio es infinito,
No mira con horror todo delito?
¿Quién sabiendo lo mucho que ha costado,
No trata de librarla del pecado?

Hombre mortal, que miras lo que cuestras,
¿Cómo en la tierra lánguido te acuestas?
Levanta tus deseos encendidos
Sobre la tierra, el mundo y sus sentidos.
Si quieres comprender con evidencia
El valor de tu alma y su excelencia,
Ve á preguntarlo al Dios que te redime:
Mirale como sufre, como gime;
Ve sus llagas, su pena y sentimientos;
Ve su sangre, su muerte y sus tormentos:
Este es el precio que por tu alma ha dado,
Considera si en mucho la ha estimado.

¿Te parece bastante tanta prueba?
Pregúntalo á la sangre que se eleva,
Y con voz poderosa al cielo clama,
No como la de Abel, que ardiente llama
La venganza de un Dios justo y severo,
Sino como la sangre del Cordero,
Que con piedad divina é infinita
El perdón de los hombres solicita.
¿Qué te dice esa sangre que se vierte?
Que corre por librarle de la muerte;

Que para verte libre y rescatado,
Digno de tanto precio te ha estimado:
Pues si su tierno amor tanto sufría,
Es porque tu alma en mucho la tenía.

El alma pues no solo fué criada
Por Dios, y por él mismo rescatada;
Sino también piadoso la destina
A una felicidad toda divina.
El que viera el estado de miseria
En que el alma padece en este mundo,
Sepultada y envuelta en la materia,
Puesta como en prision en el profundo
Calabozo del cuerpo que la oprime,
Y como con su peso triste gime,
Se pudiera espantar de tanto abismo,
Y decirse á sí mismo:

¿En dónde está del alma la excelencia?
¿Y dónde está de Dios la providencia?
¿Como un ente tan noble y escogido
Se mira tan estrecho y reducido?
Vida tan llena de miseria y susto
Parece indigna de su Autor augusto.

Mas cuando piensa por la fe ilustrado,
Que si el alma padece en este estado,
Es solo por el tiempo del pasaje,
Y mientras hace el trabajoso viaje
Con que á la patria eterna se dirige,
Desde entonces colige,
Que presto este destierro ha de acabarse,

Y que de su prision ha de soltarse;
 Que presto tendrá fin su desconsuelo;
 Que hija de Dios, criada para el cielo,
 Dirige allá sus pasos lentamente,
 Para vivir con él eternamente;
 Que la tierra es el campo del combate,
 Y que es preciso que por ahora trate
 De obtener con trabajo la victoria,
 Para obtener el triunfo de la gloria;
 Que cuando el tiempo acabe, vendrá el día
 En que no se interrumpe la alegría,
 Y entónces de la dicha en el abismo
 La gozará en los brazos de Dios mismo.

Desde que se conoce esta elevada
 Felicidad del alma, ya no hay nada
 Que nos pueda espantar; ya no sorprende
 Cuánto la estima Dios, cuánto la atiende,
 Ni que del cielo él mismo haya bajado,
 Y su sangre por ella derramado.

PARTE SEGUNDA.

Yo no extraño que tantos misioneros,
 Tantos nuevos apóstoles fervientes,
 Y del celo apostólico herederos,
 Dejando patria, amigos y parientes,
 A través de peligros y pesares
 Recorran tierras, y atraviesen mares,
 Del martirio exponiéndose á las palmas,

Para ganar á Dios algunas almas.
 Tampoco extraño yo, que los pastores
 Consagrados al culto religioso,
 Abandonando todo su reposo,
 A pesar de fatigas y dolores,
 Trabajen con ardor y con cuidado,
 Por preservar las almas del pecado;
 Ni que la santa Iglesia vigilante,
 Arrebatada por su activo celo,
 Las ençamine fervorosa al cielo,
 Y las aplique con ardor constante
 Ya los socorros que las asegura,
 Ya los medios que activa las procura.

Pero lo que sorprende, lo que espanta
 Es que tantos cristianos ilustrados
 Por la divina luz de la fe santa,
 Y que estando por ella doctrinados,
 Ya conocen de su alma la nobleza,
 Y de su gran destino la grandeza,
 Vivan en sus delicias embriagados
 De tantas esperanzas olvidados;
 Se diría mirando su desprecio,
 Que no han sabido conocer su precio.

Pero este precio bien le conocieron
 Los santos solitarios, que temieron
 Los muchos riesgos que presenta el mundo,
 Y que por eso térmulos corrieron
 A encerrarse en el centro mas profundo,
 Tomando presurosos como un puerto

El obscuro retiro de un desierto.

Este precio tampoco han ignorado
Los santos penitentes que se han dado
A los rigores de la penitencia,
Y mejor conocieron su excelencia
Esas tropas de mártires dichosos,
Esos grandes atletas generosos
Que al sepulcro volaban placenteros,
A echarse entre las picas y braseros.

Pero ¿cómo es posible que le aprecie,
O por mejor decir, no le desprecie,
El que con ceguedad incomprensible
Solo piensa en la carne corruptible,
Y el inmortal espíritu abandona?
¿Que trata de tal modo su persona,
Que á contentar su cuerpo dedicado,
En su salud eterna no ha pensado?
¿Cuya ambicion en fin toda se encierra
En disfrutar los bienes de la tierra?
Quien vive con carácter tan profano
El título no usurpe de cristiano;
Si el nombre le pusieron en la frente,
Su corazon impuro lo desmiente.

Es cierto pues que el alma fué criada
Por Dios, y por él mismo rescatada;
Es seguro que aquel que el ser la ha dado,
A ser feliz con él la ha destinado.
Estas verdades por la fe relucen;
Pero qué reflexiones me producen!

¿Qué efecto hacen en mí? ¡Dios soberano,
Dígnate de guiarme con tu mano!

Quando miro de mi alma la grandeza,
Y que veo el horror y la bajeza
A que la han reducido mis pasiones,
¿Qué vivas deben ser mis reflexiones!
Por el bautismo fuí regenerado:

¿Cuál es ahora mi actual estado?
Yo fuí de Dios la imágen semejante;
Mas ¿cuánto estoy distante?

Ya no soy mas que imágen profanada,
Imágen con mis culpas deshonrada,
Sin que la haya dejado el triste vicio
De su antiguo esplendor ningun indicio.

¿Cómo pues Dios conocerá su obra,
Si en el pecado mísera zozobra?
¿Ni dónde puede estar la semejanza
De una alma, que provoca su venganza?

¡O Profeta! con gritos lamentables
Llorabas los estragos deplorables
Con que Jerusalem ya desolada
Yacia en sus ruinas sepultada,

Desfigurada toda su hermosura;
Y cuánta ser debiera mi amargura,
Mirando á mi alma ya desposeída
De tanta gloria de que fue vestida!
¿Cómo mi corazon triste no llora,
De ver que lo que fué, no lo es ahora!

¿Con la sangre de un Dios fuí rescatado!

Vuela pues, alma mia, mira atenta
 En el Calvario á Dios crucificado,
 Que tan triste espectáculo presenta:
 Ve la víctima santa que suspira,
 Ve al Cordero sin mancha que ya espira,
 Y piensa que tan grande sacrificio
 Todo se ha consumado en tu servicio,
 Que por librarte de una infausta suerte
 Jesus se entrega á tan terrible muerte.

Aprovecha, alma mia, del rescate:
 Por redimirte, de morir acaba
 Todo un Dios: ¡y será tal tu dislate,
 Que tú quieras de nuevo hacerte esclava?
 El muere de su amor en testimonio,
 ¡Y tú misma te entregas al demonio?
 Pues bien; si por hacer feliz tu suerte
 Esa sangre divina fué vertida,
 Viendo que corre tan desatendida,
 Gritará contra tí para perderte,
 Y lo que se hizo para darte vida,
 Será lo que te dé mas triste muerte.

Yo nací para el cielo destinado:
 ¿Dónde título habrá tan elevado?
 ¿Cómo una alma que espera este destino,
 Se puede desviar de su camino,
 Y alejarse, buscando envilecida
 Los falsos bienes de una corta vida?
 Cuando la veo sin ningun reposo
 Seguir un mundo falso y engañoso;

Cuando con un afan que siempre empieza,
 Añade una riqueza á otra riqueza;
 Y cuando veo á una muger profana,
 Que pasa con su espejo una mañana,
 Consultando con él el arte horrible
 De propagar un fuego imperceptible,
 Y que pretende hacer con tanto empeño
 De su vil cuerpo un ídolo halagüeño,
 Con tanto afan, con penas tan inmensas,
 Me digo: Hombre mortal, ¿qué es lo que piensas?
 ¿Cómo te ocupas con trabajos vanos
 En una masa tan percedera,
 Que presto será pasto de gusanos,
 Sin pensar en el cielo que te espera?

Pues que á tu alma ves como extrangera,
 Tú la deshonoras, pues esclava la haces
 De tus sentidos; y los satisfaces
 Con vil oprobrio, pues que solo tienes
 Placeres viles, y caducos bienes.
 Tú la aventuras, tú la sacrificas.
 ¿Y á quién, mi Dios? A un vil resentimiento,
 A un interes injusto á que te aplicas,
 A frívolas delicias de un momento.

Tú la expones en todas ocasiones,
 Tú la arriesgas á todas seducciones,
 Y sin remordimiento ni juicio
 La llevas hasta el mismo precipicio.
 ¿Quién te puede atajar en tu carrera?
 Fuera mas que mortal quien no cayera;

Tú caes infeliz: ya estás vencido;
Perdiste el alma, y todo lo has perdido.

La pérdida del alma es deplorable,
Eterna, universal, irreparable.

¿De qué al hombre le sirve, Jesus dice,
Ganar el universo, si infelice

Viene su alma á perder? ¡Pérdida inmensa!
Que no puede encontrar su recompensa.

¿De qué te servirán esos honores,
Que has adquirido á costa de sudores?

¿Qué te aprovechan todos tus placeres?
¿Qué tus riquezas, pues que ya te mueres?

Una terrible imágen se presenta
A mi imaginacion, y la atormenta,

Turbando de mi espíritu la calma.
Si fuera dado al hombre ver una alma

Cubierta de la lepra del pecado;
Si la viera un instante en este estado,

¿Cuál sería el horror que le asombrara,
Y cuál fuera su miedo, si pensara

Que Dios, que desde el cielo le ve airado,
Solo espera el instante señalado,

Para precipitarla en los tormentos;
Que el peligro se avanza por momentos,

Que ya está cerca, y que si no se muda,
En el infierno va á caer sin duda?

¿Y cuál fuera su horror ¡ó Dios eterno!
Si la viera caer en el infierno,

De su Dios para siempre separada,

Y á suplicios eternos condenada,
Exclamando con misero alarido:

Yo me pude salvar, y me he perdido?
¡Terrible imágen; pero pena dura!

¿Quién lo podrá decir sin amargura?
¿Cuántas almas, siguiendo igual destino,

Se van adelantando en el camino,
Y marchan con ardor ciego y funesto

Al lugar que sus vicios se han dispuesto?
¿Cuántos hay cerca del fatal abismo?

¿Y qué será, Dios santo, de mí mismo?
¡Ah! salgamos de pena tan inquieta:

Ya empecé, digo yo con el Profeta.
Aunque me cueste afán, aunque me pene,

Yo no quiero que mi alma se condene.
Ya dieron fin las sombras é ilusiones,

El reino se acabó de las pasiones.
Hasta aquí de mi alma me he olvidado:

Yo la sacrifique, la he profanado.
No conoció mi loco desatino

Su grandeza, su precio y su destino:
Con insensato ardor yo me ocupaba

En todo lo que nada me importaba;
El alma sola mi atencion pedia,

Y en ella no pensé noche ni día.
¡O Dios! si estando entónces en pecado,

Me hubieras á tu juicio arrebatado,
¿Cuál fuera ahora mi infelice suerte?

Otra no fuera que la eterna muerte.

La vida se consume, el fin se avanza,
 Por detras nos acosa la venganza.
 Despierta pues de tan fatal letargo;
 Que el mas vivo dolor, y el llanto amargo
 De una humilde y austera penitencia
 Paguen tus deudas, calmen tu conciencia.
 ¡O Dios! recibe un alma que á tí vuelve,
 Que á dejar el pecado se resuelve,
 Que quiere ya solicita buscarte;
 Pues todavia vive, puede amarte.

POEMA III.

LA INMORTALIDAD**DEL ALMA.****PARTE PRIMERA.**

Si el curso de la tierra ves atento,
 Observas con dolor, que cuanto nace
 Marcha á su destruccion, y se deshace;
 Que un secreto mas vivo movimiento
 Con rápido fermento
 Todo lo mina, altera y descompone;
 Y en fin, cuanto tu idea te propone,

Te presenta con vista pavorosa
 De la muerte la imágen espantosa.
 Nuestros cuerpos en polvo se disuelven;
 La tierra los formó, y á ella se vuelven.
 Mas si en el hombre tu atencion reposa,
 Y observas cómo piensa y cómo entiende,
 Juzgas que en su interior hay una cosa,
 Que en la ley general no se comprende.
 Este espíritu oculto que le anima,
 Esta llama ligera que le enciende,
 Y que á esfera tan alta le sublima:
 Esta aura delicada que le alienta:
 Ese vapor que tanta luz ostenta,
 Y le da una razon tan despejada,
 Es el alma criada
 A la imágen de Dios, á quien parece,
 Y que eterna como él nunca perece.
 Esta es verdad segura,
 Que la fe con su luz nos asegura;
 Que la razon tambien nos acredita;
 Que un secreto y tenaz presentimiento
 A darle un invencible asentimiento,
 Con teson incesante nos incita;
 Y que en fin, el comun consentimiento
 De todas las naciones,
 Reune en su favor las opiniones.
 Como van destinadas á cristianos
 Estas mis reflexiones,
 No me dilato con discursos vanos.